

## DR. JUAN CARLOS PITT

(NOTAS PARA SU BIOGRAFÍA)

---

El doctor Juan Carlos Pitt nació en la ciudad de Córdoba el 26 de octubre de 1869; hijo de una distinguida familia, su niñez transcurrió en el ambiente de la más refinada cultura social e intelectual. Hizo sus estudios en el Colegio Nacional de Monserrat de esta ciudad y luego en la Universidad, hasta graduarse de doctor en derecho y ciencias sociales y abogado, a los veintidos años de edad, en 1891.

Le tocó dar sus primeros pasos en la vida, en un período ardiente de luchas y de agitaciones políticas, que sucedió a otro en que la molicie y la disipación absorbieron, esterilizaron y corrompieron a los hombres y a las ideas; pasó por él sin embargo, sin que su influjo llegara ni siquiera a empañar el brillo de su espíritu fino y delicado. Muestra de las predilecciones poéticas y sentimentales del doctor Pitt, es su folleto "Loreley" fantasía escrita casi en la niñez y reveladora de su temperamento literario.

Al dejar las aulas de la Universidad, produjo un trabajo de gran aliento, su tesis inaugural, "La ebriedad como factor de los delitos de sangre en la Argentina", que ha sido citada con encomio por publicistas europeos, y que su maestro Moyano Gacitúa solía recordar como ejemplo a las generaciones sucesivas de estudiantes, para demostrarles cómo el talento y la dedicación, aún en plena juventud, pueden fructificar, fuera de los:

temas trillados de los “derechos”, y producir obras de ciencia y patriotismo. La información más moderna, el método más riguroso, el espíritu más franco y libre de prejuicio, caracterizan la obra. La tesis del doctor Pitt es uno de los primeros frutos universitarios de la enseñanza positiva, científica, del maestro Moyano Gacitúa, a quien tanto debe la cultura intelectual de Córdoba, por haber iniciado a la juventud en los rumbos modernos, a tal extremo, que su cátedra ha sido en nuestra Universidad, por mucho tiempo, el único ventanal abierto hacia el mediodía por donde la luz ha llegado a iluminar algunas aulas sombrías.

Salido de la Universidad, el doctor Pitt inicia su carrera política tomando parte activa en la vida pública, desde las filas del periodismo primero y luego desde el puesto de Fiscal de Gobierno y Tierras Públicas. Los afanes políticos jamás apartaron al Dr. Pitt de las preocupaciones intelectuales; muy luego la Universidad lo nombraba profesor de Revista de la Historia, materia a la que él dió un franco tinte filosófico. Los que hemos tenido el honor de ser discípulos de aquella cátedra, recordamos toda la ciencia y la pasión que supo poner en sus enseñanzas y transmitir a sus discípulos. La filosofía de la historia, un tanto maltrecha ya por las críticas de los sociólogos, adquirió para nosotros nuevo interés bajo la sujeción de la palabra profunda y sincera del maestro, y en la lectura de la prosa ardiente y revolucionaria de Laurent, nuestro texto favorito. Era para nosotros la clase del doctor Pitt, después del especialismo científico de la enseñanza secundaria, la primera gran perspectiva que se abría ante los ojos, y que nos permitía comprender la vida de los pueblos en la historia. El año transcurrió en un creciente entusiasmo, y los exámenes respondieron a tanta dedicación; el profesor quiso premiar los esfuerzos de sus discípulos. Conservo con orgullo, en la primera página del libro de Emerson “La ley de la vida”, la sentida dedicatoria con que el noble espíritu del doctor Pitt quiso estimular al modesto discípulo, que apenas si

había sabido corresponder a las preocupaciones de la cátedra; permítaseme transcribir en honor al maestro parte de esa dedicatoria, que durante mi vida de estudiante ha pesado sobre mi espíritu con la fuerza de un mandato que me impulsaba a hacerme digno de aquel elogio: “Y obedeciendo a mi establecida costumbre”, me decía, “pídele se sirva aceptar el recuerdo de su primer curso universitario, como cumplido homenaje a su buen comportamiento, a su aplicación y a sus aptitudes, y como estímulo que le ayude a perseverar en el ánimo tan auspiciosamente iniciado”.

La vida intelectual de Córdoba ofrecía otro núcleo caracterizado: el Ateneo; el doctor Pitt no podía permanecer alejado de él; pocos años después de su fundación ingresaba como miembro, leyendo un discurso de recepción sobre la religión en la historia, trabajo sereno, meditado y elocuente, influido tal vez por las doctrinas del americano Benjamín Kidd y que alcanzó no escasa resonancia.

Entre tanto una enfermedad cruel comenzaba a minarle el cuerpo y a agriarle el carácter; esto, sin embargo, no fué nunca obstáculo para que ocupara con brillo, sucesivamente, los cargos de presidente del consejo provincial de educación y director general de escuelas de la provincia, intendente municipal, ministro de gobierno en la administración del señor José Vicente de Olmos, diputado al Congreso Nacional, varias veces diputado provincial, convencional y tantos otros cargos científicos o políticos que desempeñara en su fecunda y breve vida.

En sus últimos años su autoridad intelectual había llegado a hacerse indisputable; retirado un tanto de la actuación política militante, aunque siempre fiel al credo político nacionalista, al que perteneció durante toda su vida sin desmayar un solo instante, se había dedicado a su estudio de abogado y a las labores universitarias a que estaba llamado por sus condiciones intelectuales y por sus cargos de profesor, académico, decano de la

Facultad de Derecho y miembro del Consejo Superior, para los que había sido designado.

Hasta el estudio jurídico del doctor Pitt, sin duda uno de los más importantes de Córdoba, han llegado a solicitar su opinión las grandes empresas; los diarios más calificados del país (1) y hasta el propio gobierno de la provincia, que en repetidas oportunidades fué a encargarle la confección de sus leyes fundamentales, como la ley orgánica de las municipalidades en vigencia, dictada sobre la base del ante-proyecto preparado por el doctor Pitt.

La Facultad de Derecho debe al doctor Pitt progresos e iniciativas fundamentales; podemos decir que fué ella la gran preocupación de sus últimos años. Elegido decano en 1913, se propuso estrechar los vínculos de solidaridad universitaria con los demás institutos del país, resolviendo en 1914 realizar una visita oficial a la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata, en donde pronunció una serie de conferencias justamente alabadas. Sus fuerzas físicas comenzaban absolutamente a faltarle, a tal extremo que en muchas ocasiones la fatiga lo obligaba a interrumpir su exposición, la lucidez intelectual de sus primeros días le acompañaba, sin embargo, fielmente, el fuerte espíritu que había animado sus grandes trabajos, el que dictó su conferencia del Ateneo, el que concibió su brillante discurso de la colación de grados, su pieza oratoria más saliente, que es uno de los puntos altos de ese brillante período que iniciara entre nosotros el ministro Magnasco, no le abandonó un solo instante, hasta su último día. Ya con la visión de la muerte ante sus ojos, el noble orgullo del cumplimiento del deber, más fuerte que sus males, lo levantó del lecho para acompañar al profesor Carpena en sus conferencias de antropología, y después en el prólogo de presentación con que quiso

---

(1) *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año II, n.º 1, marzo 1915, pág. 65.

auspiciarlo en la velada del Círculo Español. El mal lo tronchó por fin aquella noche, cayó para no levantarse más, hasta el día de su muerte, ocurrida el 1.º de noviembre de 1914.

Bajo cierta ruda apariencia, ha vivido en el doctor Juan Carlos Pitt un espíritu delicado; su vida toda es una revelación: soportó sus males con un estoicismo indescriptible, puede decirse que sus mejores años los pasó al lado del lecho de su compañera, alcanzada en plena juventud, cuando todo le sonreía, por una enfermedad cruel e irremediable; allí purificó su vida en el sacrificio, sin pronunciar una queja, en una lucha interminable, entre esperanzas y desengaños, que solo las suavidades y delicadezas de un gran amor puede explicar, y cuando su compañera iba a descansar por fin del doloroso viaje, cuando la vulgaridad veía en este acto una liberación, elevaba el doctor Pitt su pensamiento en una página admirable hasta las regiones de la eternidad, buscando allí a la noble compañera de quien el accidente de la muerte, apenas si había conseguido separar por un instante sus dos almas.

. . . . .

Trazo estas líneas bajo el persistente recuerdo de su vida; la hora de la justicia no ha llegado aún para su nombre, los que como yo tuvimos la suerte de conocerle, guardemos secretamente esa suave emoción que deja en el alma el paso de un gran espíritu.

ENRIQUE MARTINEZ PAZ.

---